

van convencidos de que hay más hombres y fusiles que antes. ¿Sabes una cosa? No le gustó a Vicente que te llamara 'sedosa'. Así son siempre los muchachos, muy serios. Pero yo creo que no me equivoqué. ¿Te gusta nuestro café? Algunos dicen que es muy perfumado. Aquí todo es dulce o venenoso, se quejaban aquellos pobres inmigrantes". Era cierto, la maestrita estaba entera, tersa, nadie la había desbaratado todavía. "Hace unos años desembarcaron en Puerto Naranjo un americano y una francesita. Un gordito que se reía por cualquier cosa y que me acribilló a preguntas sobre todas las ramas de mi familia. Nuestra historia le parecía un magnífico enredo académico. Se sorprendió, sin embargo, cuando le enseñé mi edición de Burke y de Gibbon, unos ingleses célebres, maestrita. Pero me ofendió su risa boba de becario lujoso y lo mandé al cuerno en tono inapelable. La francesa era una incesante fumadora de funeraria, con mucho pelo en las axilas, de olor rancio, nariz picuda y unas piernas lácteas deshechas por los zancudos. Le di un ungüento con el que se frotó hasta el culo. Una niña impertinente que pretendía discutir conmigo sobre lo que ella llamaba 'la utopía agraria pre-industrial'. Preguntas disparatadas, la mitad de las cuales, lo confieso, no las entendí. Imagínate que quería entrevistar al pobre de Casimiro, gago, buen mozo, casi iletrado. No hay derecho. Una mujercita rabiosa, incómoda en su cuerpo. Le asegu-

ré —¡qué sarta de necedades!— que yo no era un carismático sin empleo, ni un profeta a destiempo, le dije que a mi edad lo más importante del mundo era mi vejiga. Lo cual, Marielita, está muy lejos de ser la verdad. El que más me gustó fue un sureño, un ingeniero pacífico que se sentaba conmigo a charlar de cuestiones técnicas. Estaba sorprendido de nuestros amaneceres. Parece como si el sol tuviera su cueva del otro lado del río, me decía. Estas son las cosas que podemos lucir, maestrita. Los hombres no hemos agregado prácticamente nada. Fue a él a quien le conté los hechos con mayor precisión. A los demás les exageraba nuestras fuerzas y hablaba de miles de soldados, de coroneles, de estado mayor. Los historiadores son unos perros, Mariela."

Desde la cocina, mientras colaba el cuarto café de la mañana, oyó cómo la maestrita se bañaban, medio tarareando una canción desconocida. Pensó si habría suficiente jabón y si sabría planchar como es debido un liqui-liqui de fiesta. Se recostó en la cama, con la espalda apoyada en las barras de cobre. Extendió el brazo izquierdo cuando la maestrita, pájaro casero, entró al cuarto desnuda. Sintió el pie de ella y le dijo "Ya tendrás tiempo de irte con él. Nosotros casi terminamos". Le pareció, ya había mucho sol, que ella le contestaba: "Duérmase tranquilo, general, no se preocupe de nada". ◀

[VUELTA NÚM. 140, 1988]

## CON LOS OJOS CERRADOS

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

Oigo la canción que nace  
En el nido de la nebulosa,  
Oigo al poema, música pensada  
Entre la yerba y la piel del mundo,  
En el silencio tatuado sobre mi espalda  
Como estigma centelleante  
Sobre una hoja que despliega el vuelo y reverdece.

[VUELTA NÚM. 205, 1993]